

POLITICA DE ESTADOS UNIDOS Y POESIA DE HISPANO AMERICA

PRIMER PREMIO DE ENSAYO
CONCURSO CENTROAMERICANO
RUBÉN DARÍO 1958

LUIS ALBERTO CABRALES
Asesor del Ministerio de Educación Pública

Desde que dejaron Las Canarias iban las tres carabelas de Colón con permanente rumbo hacia el Oeste. El itinerario lo registra, día a día, el Almirante en su Diario de Navegación. Iban las proas directamente hacia las tierras sureñas de los actuales Estados Unidos. Todos llevaban los espíritus tensos hacia el encuentro de la tierra, de la nueva tierra por descubrir. Cuando aparecieron sobre las aguas vestigios y señales, yerbas, animalejos costeños, maderas al parecer labradas por mano del hombre, el ansia aumentó, y tras cada noche, al levantarse el alba, y no distinguir ni siquiera un islote, la desesperanza entraba en los corazones marinos. Luego hubo una señal más evidente de tierra: pájaros volaban alrededor de las carabelas, y proseguían su vuelo rumbo hacia el Sur-Oeste, apartándose de la ruta colombina. Fue Martín Alonso Pinzón, el experto navegante, quien propuso seguir el rumbo de las aves, pues en su sesgado vuelo iban directamente en busca de tierra. Un día entero estuvo rumiando Colón esta advertencia, y al entrar la noche del siguiente día ordenó cambiar de rumbo, abandonar la dirección hacia el Oeste, y sesgar hacia el Sur-Oeste. Fue éste un momento estelar para la Iluminidad. Las tres carabelas ya no irían hacia el territorio de los actuales Estados Unidos sino hacia Las Antillas. Esa noche crucial hubo en las carabelas nervioso desvelo, alerta sobresaltado, pendientes todos de los alados guías que revoloteaban gritando entre mástiles y velas, y se alejaban indicando la ruta. ¡Pájaros guiando a los hombres! "Toda la noche se oyeron pasar pájaros", dice Colón en su Diario.

Y no sólo las carabelas y sus hombres inmortales, sino también la Historia cambió su rumbo esa noche. Aquellos pájaros decidieron esa noche de qué suerte iba a ser poblado el Continente Americano. El revuelo nocturno de las aves marinas señaló dónde se asentaría la población de habla española, y qué territorio quedaría abandonado para que, muchas décadas después, fuese el asiento de las gentes de habla inglesa. El 7 de Octubre de 1492, cinco días antes del Descubrimiento, ya estaba trazado el destino

histórico de las nuevas tierras continentales.

Lo demás ya se sabe: como los griegos emigrantes que al fundar colonias, nostálgicos de la Madre Patria, hacían familiares para ellos los ríos y las ensenadas, los valles y las montañas, dándoles los nombres de la patria lejana, así, en el Norte y el Sur del Continente, los nuevos pobladores fueron bautizando las descubiertas regiones: Nueva Granada, Nueva Extremadura, Nueva Holanda, Nueva España, Nueva Inglaterra.

Pasan siglos, y los poblados crecen en número y potencia, y alejados entre sí. Ni siquiera sabemos qué sentimientos hubo en el Norte y en el Sur de América cuando las dos Madres Patrias —España e Inglaterra— combatían en Europa, y en las propias tierras americanas. ¿Pelearon centro y sudamericanos con norteamericanos en combates navales de piratas? ¿Norteamericanos atacaban Portobelo, Cartagena, La Habana, Granada, cuando los ingleses asediaban esas plazas, defendidas por centro y sudamericanos? Lo ignoramos. Sólo sabemos que mexicanos pelearon y poblaron California, Texas y Nuevo México. Que centroamericanos y antillanos pelearon en Nueva Orleans y La Florida, comandados por el intrépido Gálvez, perseguidor de ingleses.

Pero más bien parece que, generalmente, los colonos del Norte y del Sur permanecieron ignorándose, dándose las espaldas, porque ni siquiera comercio podían ejercer entre sí, obligados por ambas metrópolis a comerciar sólo con ellas. Pero si los propios americanos no parece se hayan tomado muy en cuenta durante toda la larga época colonial, hubo un británico, gran escritor y vate perspicaz, Sir Thomas Browne, que en 1684, previó el futuro de las dos Américas. He aquí un fragmento de sus previsiones:

"When New England shall trouble New Spain,
When Jamaica shall be lady of the isles and the main,
When Spain shall be in America hid,
And Mexico shall prove a Madrid

When America shall cease to send forth its treasure,
But employ it at home in American pleasure,

When the new world shall the old invade,
Nor count them their lords but the fellows in trade

Then think strange things are come to light,
Whereof but few eyes have had a foresight"

Versos que en castellano dicen poco más o menos:

"Cuando la Nueva Inglaterra conturbe a la Nueva
(España,
Cuando Jamaica sea señora de las islas y el mar,
Cuando España esté en el riñón de toda América,
Y la ciudad de México sea todo lo que Madrid.

Cuando América no envíe afuera su tesoro
Y lo emplee en casa para su placer,
Cuando el nuevo mundo invada al viejo,
Y no se crea su amo sino compañero en tratos:

Entonces extrañas cosas vendrán a luz
Que muy pocos ojos habrán previsto

En este poema vaticinador hay un verso que define con anticipo la historia política de los Estados Unidos con respecto a Hispanoamérica:

"When New England shall trouble New Spain".

En efecto, cuando ya la Nueva Inglaterra se había convertido en el naciente y poderoso Estados Unidos de América, y cuando la Nueva España, es decir México y todas las naciones de habla hispana, se habían independizado y trataban de organizar sus gobiernos, conturbó esta organización la influencia ideológica y diplomática de Washington.

Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, Iturbide, los máximos libertadores de Hispanoamérica, lucharon por organizarla conforme a las peculiaridades de cada región, conforme a la idiosincracia y grado evolutivo de sus pobladores. Otros libertadores de segunda fila, Santander, Córdoba, Guadalupe Victoria, Santana y demás, soñaron y lucharon por organizarla conforme en un todo a la ideología norteamericana de gobierno. Y la Nueva Inglaterra, Washington, apoyó a estos últimos con natural calor y a veces de modo diplomático directo.

Ya desde mucho antes el genial político Jefferson había ideado la unidad de regímenes políticos de América, teorizando en el sentido de que los regímenes monárquicos europeos, de por sí tiránicos, eran contrarios a los intereses de las dos Américas, anticipándose en cierto sentido a la Doctrina de Monroe, que resultó como un corolario de la doctrina de Jefferson. Decía éste: "La América, la del Norte y la del Sur, tiene una serie de intereses distintos de los de Europa, particular y propiamente suyos. Ella debe tener, por tanto, un sistema propio, separado y aparte del de Europa. Mientras esta últi-

ma labora por llegar a ser el domicilio del despotismo, nuestro propósito debe ser, seguramente, hacer nuestro hemisferio el de la libertad". (1) Gran número de ideólogos hispanoamericanos hicieron suya esta doctrina de Jefferson, y luego la de Monroe, y lucharon y algunos hasta murieron, por ellas.

Cuando Iturbide independizó México y luego se coronó emperador, comenzaron luchas intestinas jefeadas por partidarios de las doctrinas norteamericanas. Y es ya muy conocida la decisiva influencia que en la nueva organización republicana de México tuvo el sagaz diplomático de Washington, Mister Poinsett.

Centro América se dividió, como el propio México, y surgieron los partidarios de anexarse al Imperio Mexicano, y sus contrarios. El Estado de El Salvador, guiado por un sacerdote católico, y prócer de la Independencia, Don Matías Delgado, llegó al extremo de proclamar su anexión a los Estados Unidos para librarse de la anexión al Imperio Mexicano. Para este sacerdote pesaban más las doctrinas republicanas que otras consideraciones de índole sociológica, como el habla común, la común religión y la analogía de costumbres centenarias. Esa anexión proclamada no pasó de ser simbólica y sintomática porque los Estados Unidos estaban muy alejados del Estado centroamericano que por boca de sus próceres locales deseaba ser una estrella más en la naciente constelación norteamericana. Los Estados Unidos no habían conquistado todavía costas sobre el Pacífico, y El Salvador era una pequeña y lejana faja territorial sobre ese Océano. El acto había sido extremadamente romántico, pero indicaba hasta qué extremo las doctrinas jeffersonianas influían en los políticos centroamericanos.

El caso de Bolívar es más patético aún. Libertador de varios Estados, diversos entre sí, extensos, alejados unos de otros, de distintas idiosincracias y grados de evolución, vaciló entre varios regímenes, intentó la monarquía, ideó la presidencia vitalicia, creó el senado hereditario, buscó el apoyo de Inglaterra y de Francia, pero siempre se mostró contrario a la imitación del régimen norteamericano.

Desde 1810, antes de asentada en definitiva la independencia, decía en su discurso de Angostura: " las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales He aquí el código que debemos consultar y no el de Washington".

Pero al código de Washington, como a la Esfinge, consultaban obsesivamente los intelectuales colombianos, acaudillados por

el prócer Santander. Los "letrados", como les llamaba Bolívar, no apartaban sus ojos de Washington, de Jefferson, y de Rousseau. Esta insistente lucha, esta obstinada oposición a la voluntad de El Libertador y sus designios políticos, arrancaba a éste amargas críticas y hasta violentas amenazas epistolares.

Con su apasionado estilo dice en carta privada a otro prócer colombiano: "Por fin han de hacer tanto los letrados que se proscriban de la república de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya".

"Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está y porque ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque, además, es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo; pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política, que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores. Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patria, sobre los indómitos pastusos, sobre los goajibos de Casanare, y sobre todas las hordas salvajes de África y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia". (2)

En los Estados Unidos se debatía con gran interés y calor la clase de régimen que debiera adoptar Colombia, y Bolívar, y los principios por él sustentados, eran objeto de las más acerbas críticas. Bedford Hinton Wilson, noble militar inglés que había sido ayudante de Bolívar, le escribía:

"No he encontrado un solo norteamericano que hable bien de V.E.; los periódicos que circulan del uno al otro extremo de los Estados Unidos sólo hacen calumniar y denigrar los actos y la reputación de V.E. y de Colombia"

Y Bolívar le contestaba: "Quedo enterado de la opinión que hay en los Estados Unidos sobre mi conducta política. Es desgracia que no podamos lograr la felicidad de Colombia con las leyes y costumbres de los americanos. Usted sabe que esto es imposible; lo mismo que parecerse la España a la Inglaterra, y aun más todavía". (3)

Cuando Bolívar en medio de las desastrosas contiendas nacionales procuraba afianzar un régimen de leyes ajustadas a su criterio, ocurre la rebelión de uno de sus más queridos lugartenientes, el joven General Córdoba, preclaro héroe de Ayacucho, quien recibe desastrosa muerte oscura. Al seguir un proceso de averiguaciones se descubre

que el Enviado Extraordinario de los Estados Unidos ante Colombia General William Henry Harrison, luego noveno presidente de la gran nación, ha entrado directamente en el complot revolucionario, y Bolívar lo expulsa del territorio colombiano. Como fruto de esas amargas experiencias el Libertador expresa en carta al británico Coronel Patricio Campbell que "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad". (4)

Se cumplía así al pie de la letra el verso vaticinador del británico Sir Thomas Browne:

"When New England shall trouble New Spain"

¿Cuál fue la reacción de los poetas hispanoamericanos ante estos acontecimientos políticos? Hemos rastreado acuciosamente la producción poética de esa época, y no hemos podido encontrar nada que defina la posición de ellos. Sin embargo, el hecho de que Bolívar se queje de los "letrados" parece indicar que los intelectuales colombianos estaban influenciados por la ideología norteamericana de gobierno.

Hacemos la interrogación porque en diferentes épocas los poetas hispanoamericanos han tenido una decidida vocación cívica en sus cantos. Durante la Colonia apostrofaron a los piratas, a los invasores ingleses, cantaron las proezas de los conquistadores y aún de los indios rebeldes, festejaron las bodas reales y los bautizos principescos. Es notable y antológico el soneto de Andrés Bello a la Victoria de Bailén, quizás el mejor poema hispánico inspirado en la lucha del pueblo español contra la dominación napoleónica.

Luego, mientras Bolívar ganaba batallas, los poetas le cantaban en todos los tonos. Sin embargo no se encuentra rastro alguno de poema cívico de la época posterior, de la época de la reorganización política, en la que, como acabamos de ver, se enfrentaban las contrarias ideologías de gobierno, y en todas las naciones recién creadas estallaban las guerras civiles. Apenas al final de la Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida, de Andrés Bello, hay una rápida aunque solemne alocución a los pueblos hispanoamericanos, incitándolos a que abandonen "la devastación y militar insulto", y encuentren "la libertad más dulce que el imperio", "y más hermosa que el laurel la oliva".

Estos concepciones, aunque virgilianas, no dejan de ser también un poco vagamente jeffersonianas:

Oh jóvenes naciones que ceñida
alzáis sobre el atónito Occidente
de tempranos laureles la cabeza.
Honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador y su frugal llaneza,
así tendrán en vos perpetuamente

la libertad morada,
y freno la ambición y la ley templo

Muerto Bolívar en desengaño y soledad, proscrito San Martín, desterrado O'Higgins, asesinado Sucre, fusilado Iturbide, comienza una larga era de conmociones civiles que se prolonga sin descanso ni tregua, y sin encontrar base ni para el orden ni para la libertad, hasta fines del siglo diecinueve. Larga historia que Rubén Darío describe en su poema "A Colón", escrito en 1892 en el IV Centenario del Descubrimiento:

"Desgraciado Almirante Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica,
de convulsivos nervios y frente pálida

Un desastroso espíritu posee tu tierra:
donde la tribu unida blandió sus mazas,
hoy se enciende entre hermanos perpétua guerra,
se hieren y destrozan las mismas razas

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste

*

Mientras esto acontecía a Hispanoamérica, los Estados Unidos emprendían su poderosa organización: compraban a Bonaparte —por mano de Jefferson— la vasta Luisiana y la poblaban de nuevos y florecientes Estados, obtenían la Florida de España, lo graban de Inglaterra el Oregón, y acercándose a México, en anarquía, lo vencían rápidamente en 1848, y por tratado y venta obtenían California, Arizona, Nuevo México y Texas. De este rápido avance amenazante, y de la derrota mexicana, no se encuentra eco alguno en la poesía hispano-americana. Parece más bien que los países del Sur, al menos los centroamericanos, vieron con buenos ojos que surgiera en el Norte una fuerza que contuviera, como en efecto conuvo, los designios de Rusia, que ya dueña de Alaska pugnaba por apoderarse de California: una fuerza que conminara a detenerse en sus planes de conquista a Francia y España, y especialmente que fuera una esperanza para librarse de las garras de Inglaterra.

Por 1848 Inglaterra ocupaba un tercio del territorio de Nicaragua, la isla de Amapala en el Golfo de Fonseca, las Islas de Colón en el Atlántico hondureño, y mantenía en zozobra a los pequeños gobiernos del Istmo con las arrogantes pretensiones de sus cónsules, que eran en estas tropicales tierras verdaderos procónsules romanos.

De tal modo que, cuando en 1849 Estados Unidos envía su primer diplomático a Centro América, el competente Squier, estos

pueblos lo reciben como a un libertador. Desde Guatemala a San José de Costa Rica, las capitales abren con júbilo sus puertas, y los poetas toman sus liras civiles para entonarle loas. En Nicaragua, la más maltratada por Inglaterra, su viaje fue triunfal. Hasta los más pequeños pueblos por donde pasa lo agasajan, aunque desee guardar el incógnito. Así en la villa de El Viejo, por ejemplo. Squier dice en su notable libro sobre su viaje a Centro América: "Yo había creído que mi visita a El Viejo era desconocida, fuera de la familia que nos hospedaba. Yo había estipulado que nuestra incógnita sería rigurosamente guardada por nuestro anfitrión. El estaba por eso muy apenado cuando me anunció que a la mañana siguiente la Municipalidad de la villa estaría allí para presentar sus respetos al Ministro Americano. No había otra alternativa sino aceptar y hacer creer que estaríamos muy complacidos. Puntualmente, en el momento que el reloj señalaba la hora, una banda de músicos precedidos de una docena de hombres que disparaban bombas, emergieron del Cabildo en dirección a nuestra casa. Iban seguidos por el Alcalde y el Cura de la ciudad, el primero con sus rojas banderas y bastón con empuñadura de oro, y el último con su ropa de gala y sombrero de copa; después de ellos venía una muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Los músicos tocaban con energía digna de mejor ocasión y los hombres de las bombas mantenían una incesante descarga. Los músicos, la Municipalidad y los sacerdotes, con un selecto grupo de prominentes ciudadanos, entraron en la sala. El populacho tenía que contentarse con mirar por turnos desde las puertas y ventanas abierias".

"Después del cambio de saludos y de una muy hermosa bienvenida del primer Alcalde, nos dijeron que los músicos estaban preparados con una canción compuesta expresamente para mí, y pedían permiso para cantarla". El título de la canción era largo y elocuente: "Canción con que la Municipalidad de la Villa de El Viejo, en unión de los señores presbíteros Don Remigio Salazar, Dean de la Santa Iglesia Catedral y el doctor Don José María Guerrero y Licenciado Don Evaristo Rocha, felicitaron al Señor Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos del Norte, en su llegada a esta Villa el 5 de Septiembre de 1849".

En esos mismos días, el por entonces mejor poeta de Nicaragua, Francisco Díaz Zapata, publicó un poema titulado: "A la Bandera de los Estados Unidos", que en parte decía:

Todo bajo tu imperio tiene vida
Portentosa bandera esclarecida
Yo te saludo de entusiasmo lleno,
Y henchido de placer y de esperanza,

Mi corazón palpita dentro el seno,
Con tan fuerte latido,
Que el pecho ardiente a respirar no alcanza

La suave y fresca brisa,
Del alto sol los claros resplandores,
El aire enrarecido,
De los cielos la plácida sonrisa
Y el balsámico aliento de las flores,

Salúdante conmigo
Celebrando del modo más plausible
Tu advenimiento amigo,
A mi patria doliente y compasible
Llévala de tu honor y tu grandeza
Y abate a su adversario la cabeza

Estos entusiasmos ciudadanos de El Viejo, y de las capitales centroamericanas, deben haber quedado notablemente sorprendidos seis años más tarde, cuando un aventurero norteamericano, William Walker, en 1855 y 1856, se adueñó de Nicaragua, se proclamó su Presidente, decretó el establecimiento de la esclavitud, y planeó la conquista de los otros Estados con el audaz lema "Five or none".

La corriente histórica de los Estados Unidos influía una vez más sobre Hispanoamérica. Por 1855 la gran nación norteaña se hallaba gravemente dividida entre estados esclavistas y estados abolicionistas. Cada porción rivalizaba en crear nuevos estados adheridos a sus respectivas normas sociales. Los sureños intentaron por medio del filibustero Walker, agregar a su constelación confederada las cinco estrellas de Centro América.

Cuando los nicaragüenses, después de un año de solo derrotas, vencieron en San Jacinto, en realidad acababa de realizarse el primer triunfo continental contra la esclavitud. Luego llegaron los ejércitos de todo Centro América, y los filibusteros serían arrojados al mar. Más tarde el Norte de los Estados Unidos lucharía contra ese mismo Sur esclavista, contra quien habían luchado los centroamericanos. Pero en el momento de la lucha con Walker no se vio claramente esto. Los filibusteros representaban a los Estados Unidos y nada más, para los contemporáneos. Hispanoamérica se conmovió. Las Cancillerías enérgicamente protestaron a Washington por permitir los embarques filibusteros de sus costas a los puertos nicaragüenses. El Perú tuvo una actitud destacada en esta lucha diplomática a la que cedió Washington.

De México a Chile los diarios se llenaron de artículos violentos y los poetas volvieron a pulsar la lira cívica. En Nicaragua sobresalió Juan Irribarren, un combatiente, quien escribió la letra del himno de guerra de los nicaragüenses:

En el seno mirad de la Patria

A los fieros beduinos del Norte.
Habrá alguno tan vil que soporte
Tanla mengua, tan negro baldón?
A la lid, compatriotas, volemós,
A buscar la victoria o la muerte,
Que al vencido le espera la suerte
De vivir en eterna opresión

Qué pretenden aquestos bandidos
Que nos vienen de allende los mares?
Quieren ellos destruir nuestros lares,
Sojuzgar nuestra libre nación?
Pues la tierra que tanto codician
Con su sangre la rieguen y abonen
Que sus huesos al mundo pregonen
Lo que pudo su loca ambición

A la industria extranjera ofrecemos
Nuestras fértiles tierras y lago,
Y los yanquis nos traen en pago
Exterminio, despojo, invasión
Guerra a muerte a esos viles ingratos,
Que reciba un severo escarmiento
Su perfidia, su horrible traición

El poeta interpretaba el sentimiento de sus contemporáneos y compatriotas que se sentían traicionados por los Estados Unidos, después de haber recibido con los brazos abiertos a Squier, su enviado extraordinario, nuncio de la libertad, y después de haber hecho las concesiones a la Compañía del Tránsito para facilitar el pase transoceánico a los emigrantes que iban del Atlántico al Pacífico, atravesando el Istmo nicaragüense.

En la América del Sur se hizo famoso el poema de un joven colombiano, Rafael Pombo, quien sería más tarde un gran poeta, admirador y traductor excelente de poetas norteamericanos. Su poema "Los Filibusteros", tuvo en ese entonces la resonancia que tuvo en 1905 el Canto a Roosevelt, de Rubén Darío.

Así como Irribarren confunde a los sureños llamándolos yanquis, precisamente el cognomento que aquellos daban a los norteaños, Pombo, llama a los filibusteros "héroes de industria, presente filantrópico del Septentrión prospérrimo a su pupilo el Sud". También hace alusión al llamado Destino Manifiesto, el destino de americanizar el continente, sostenido frenéticamente por los sureños, y señala a los filibusteros como la avanzadilla de los Estados Unidos.

Venid hambrientos pájaros a entretejer con crímenes
el nido para el águila que precediendo vais

El poema está escrito en verso de dieciséis sílabas, en un intento bien logrado de imitar el hexámetro griego, quizá el primer intento americano en este sentido, y para lograrlo hace uso frecuente de los esdrújulos. Es largo el poema y comienza así:

Venid a conquistarnos, vosotros, heces pútricas

de las venales cárceles del libre Septentrión,
venid, venid apóstoles de la sin par República
con el hachón del bárbaro y el rifle del ladrón

Venid, venid en nombre de Franklin y de Washington,
bandidos que la horca con asco rechazó,
venid a buscar títulos de Hermanes o de Césares
descamisados prófugos sin leyes y sin Dios

Venid hambrientos pájaros a entretejer con crímenes
el nido para el águila que precediendo vais;
venid, infecto vómito de la extranjera crápula,
con la visión beatífica de americanizar.

Venid, dignos profetas, campeones beneméritos
de vuestra sacratísima divina esclavitud,
venid, héroes de industria, presente filantrópico
del Septentrión prosperrimo a su pupilo el Sud

Al través de esas estrofas se adivina el
eco de una amarga decepción, el despertar
sudamericano de un sueño a una realidad.
Del sueño de unos Estados Unidos "república
modelo", digna de Franklin y de Washington,
"árbitro de dos mundos", "oráculo infalible
de América", "perfección cabal del republi-
canismo", como los llama Pombo en el mis-
mo poema, y la realidad de los hechos van-
dállicos con que los filibusteros asolaban Ni-
caragua.

En todo el poema esas ideas van y vien-
nen como un leitmotiv, y al finalizar, en
unas estrofas que parecen vaticinar la terri-
ble guerra entre el Norte y el Sur, ese dilu-
vio de sangre de que emergió un país ya
libertado de la ignominia de la esclavitud,
vuelve a confirmar su esperanza de que los
Estados Unidos tornen "a su pureza prístina",
es decir, a las doctrinas de Franklin y de
Washington, tan admiradas por los sudame-
ricanos:

Seguid, y a sangre y fuego talad cinco Repúblicas,
Dad al infierno escándalo, a Satanás horror
Mas ¡ay! pueda yo un día contemplar dos cadáveres:
Cartago y sus piratas, vosotros y la Unión

Para lavar el mundo, cloaca hirviente y fétida,
volcó el Diluvio encima la cólera de Dios:
que os lave uno de sangre y en su pureza prístina
surja flotando el Arca que Washington formó.

Seis años después de haber sido derro-
tados los esclavistas en Nicaragua, estalla la
Guerra Civil en los Estados Unidos, entre los
del Norte y los del Sur. Terrible guerra, de
verdadero holocausto. En cuatro años, 1861-
1865, tienen 360.000 muertos, casi el total de
los habidos en la Segunda Guerra Mundial.

Las pérdidas económicas fueron tales
que más tarde pudo escribirse una célebre
novela, sobre las destrucciones de esos años,
con el título: "Lo que el viento se llevó".

Pero, aunque agotadora y sangrienta,
no logró destruir a Norteamérica. Más bien
despertó un nuevo sentimiento de vitalidad,

afirmandola en su grandeza para empresas
más grandes y mejores. Empresas internas,
La gran nación parece concentrarse sobre sí
misma, olvidándose del mundo exterior.

*

Hasta en 1881, el Secretario de Estado,
Blaine, declara oficialmente: "No hemos lle-
vado nuestras relaciones con la América Es-
pañola tan cuerdamente y tan firmemente
como pudimos hacerlo. Durante más de una
generación nada hemos hecho por atraernos
las simpatías de esos países. Deberíamos
hacer todos los esfuerzos posibles para ga-
narnos su amistad. Ningún campo nos ofre-
ce una cosecha tan abundante, ninguno ha
sido tan poco cultivado. Nuestra política ex-
tranjera debería ser una política americana
en el sentido más amplio; una política de
paz, de amistad y de desenvolvimiento co-
mercial". La iniciativa de Blaine hubo de
permanecer siete años en proyecto y no fue
sino hasta 1888 que tuvo lugar la Primera
Conferencia Panamericana, en Washington,
presidida por el mismo proyectista Blaine.
Los discursos y las resoluciones giraron pre-
ferentemente alrededor del comercio inter-
americano. Ya por ese tiempo la isla de Cu-
ba se conmovía con intentos revolucionarios
para conquistar su independencia. En 1896
el movimiento armado, auxiliado por hacen-
dados norteamericanos, tomó grandes pro-
porciones y un ejército español de 20.000
hombres desembarcó en Cuba, iniciándose
una sangrienta guerra. El Presidente Mac-
kinley intervino, tratando de poner fin a la
contienda, pero el gobierno español rechazó
la ingerencia norteamericana en altiva nota
diplomática. Esto avivó en el pueblo de los
Estados Unidos el espíritu anti-español, los
diarios incitaron a la guerra, y ésta no tardó
en estallar.

En tres meses, en anticipado blitzkrieg,
la flota y el ejército españoles eran vencidos,
no sólo en Cuba, sino en la lejana Filipinas.
Rápidamente era firmado un tratado de paz
por el que los Estados Unidos quedaban due-
ños de sus primeras colonias: Puerto Rico y
Filipinas, y nacía la república cubana, pero
como protectorado americano, gracias a la
célebre Enmienda Platt.

La guerra provocó gran conmoción en
Hispanoamérica. Y a pesar de que durante
la inicial lucha las simpatías populares esta-
ban por Cuba, al estallar la guerra con los
Estados Unidos la opinión viró a favor de Es-
paña. Hubo, desde luego, excepciones, pero
de México a la Argentina los diarios, y en
ellos, los escritores y poetas, se pronunciaban
airadamente contra la prepotencia nortea-
mericana. En Buenos Aires adquirió gran
popularidad la Oda a España de Calixto
Oyuela. La escribió al comenzar la guerra,
y el poeta, tan ignorante de la potencia mi-
litar de los Estados Unidos como los políti-

cos españoles, insta a España a que, así como ayer venció a Napoleón, castigue ahora la codicia infame del Mercader de América:

Clava tu garra en el ingente pecho
de quien, inicuo, sin razón ni agravio,
te reta a mortal duelo, en nombre sólo
de sus hambrientas fauces

Fulmínale Escarminéntale Bramando
torne a su inmensa cueva, y, como siempre,
sus indios despedace y sus cetervas
de negros infelices

Surge en esa época la idea de que los Estados Unidos son Calibán en contraposición a Hispano América, que representa a Ariel, y Oyuela así lo proclama:

Pueblo sin tradición, allegadiza
tumba de traficantes sudorosos,
que a ruín medida y cálculo sujetan
los impulsos del alma

Los hijos son de la Materia, ciega,
fuerte, inmensa, brutal En sus regiones
asientan su insolente poderío,
escarnio al Universo

Más tú, adalid de la hidalguía antigua,
viril y noble España, tu derecho
contra todos defiendes, y no cuentas
tu hora en esterlinas

Era fatal, ineluctable, el choque
entre el ladrón de California y Tejas,
y quien la Cristiandad salvó en Lepanto
y dió un mundo a la Historia

Más que dos pueblos que a la lid se arrojan,
dos fuerzas son, terribles y contrarias,
que se disputan desde el negro Caos
el imperio del oíbe

Una clama: interés, la ota, justicia,
y en razas enemigas encarnadas,
una lleva a magnánimas empresas,
otra a robos audaces

Es curioso observar cómo los Estados Unidos, en esos días, eran descritos en los mismos términos con que mucho más tarde lo serían los alemanes de Hitler. Y cómo España era entonces la bandera del Bien y la Justicia, tal como los Estados Unidos lo fueron en la última contienda mundial. Cuando llegó a Buenos Aires la noticia del desastre español grande fue el duelo. El poeta Oyuela tomó la lira de las lamentaciones y escribió un soneto titulado Finis Justitiae:

Robada España fue Cuanto ilumina
la humana senda y la barbarie enfrena,
justicia, fé, verdad, razón serena,
rodó con ella en espantable ruina

Misera humanidad, la frente inclina
desnuda de ideal Sólo ya suena
rugido inmenso de iracunda hiena
en esta edad que la ambición domina

Soberbia,alzada ya en la virgen cumbre
del siglo cuya aurora centellea,
besándole los pies vil muchedumbre,

Del uno al otro frémulo hemisferio,
voto el derecho, sin vigor la idea,
la Fuerza extiende su sangriento imperio

Se llevaron a cabo varios homenajes a la nación vencida. En uno de ellos tomaron participación, a nombre de Hispanoamérica, el gran orador y político argentino Roque Sáenz Peña; a nombre de Francia, Paul Groussac; y a nombre de Italia, el señor Tarnassi. Se habló de la urgencia de la unión latina ante los temerarios avances de los sajones. Los diarios ardían en campaña antinorteamericana, y Rubén Darío, entonces en Buenos Aires, escribió dos artículos muy intencionadamente titulados: "El triunfo de Calibán", y "El Crepúsculo de España"

En el primero decía: "No, yo no como España, y cuando miro al yanki despedazándola, tengo el mal gusto de no regocijarme Mis simpatías han estado de parte de esa ilustre monarquía empobrecida y caída; mis antipatías, de parte de esa democracia rubicunda, que abusa de su cuerpo apoplético y de su ciclópeo apetito".

Y en el segundo: "Behemot es gigantesco, pero no he de sacrificarme por mi propia voluntad bajo sus patas, y si me logra atrapar, al menos mi lengua ha de concluir de dar su maldición última, con el último aliento de la vida. Y yo que he sido partidario de Cuba libre, siquier fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia".

La desafortunada guerra cubrió de honda desesperanza no sólo a España sino a la misma Cuba. La situación de protectorado no era la que habían soñado los combatientes de la independencia. El derecho de intervención norteamericana, insertada en la propia Constitución cubana, no era el fruto que buscaban afanosamente los héroes caídos en la manigua.

Y cuando los exilados de la isla volvían a sus lares, se llenaban de tristeza al contemplar ondeando en los cielos patrios una bandera extraña El poeta Bonifacio Byrne, patriota desterrado, escribió en tono de elegía, su poema "A mi Bandera":

Al volver de distante ribera
con el alma enlutada y sombría
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto, además de la mía,

¿Dónde está mi bandera cubana,
la bandera más bella que existe?
Desde el buque la ví esta mañana
y no he visto una cosa más triste

Con la fe de las almas austeras
hoy sostengo con honda energía
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una: la mía

Algunos de los grandes diarios hispano-americanos, deseosos de complacer el interés de sus lectores, enviaron corresponsales a España en busca de impresiones acerca de la situación española después del desastre. La Nación, de Buenos Aires envió a Rubén Darío. Cuando llegó desembarcaban los soldados de Filipinas, vencidos, amargados, y miles de leyendas negras circulaban alrededor de sus desgracias. El pueblo abominaba de sus políticos. Los intelectuales, en su mayoría, culpaban de todo el desastre al tradicionalismo español. Uno, Cota, proponía encerrar con tres cerraduras el sepulcro del Cid. Otro, Unamuno, escribía un artículo odioso, titulado: Muera Don Quijote. Otros desarrollaban temas contra el espíritu de El Escorial, contra los toros, contra el heroísmo con penacho, contra las castañuelas. Contra todo lo que profunda o superficialmente significase españolismo.

De primas a primeras, el gran poeta español de América comenzó a criticar a los peninsulares. A sostener las tesis contrarias, a mostrarse más español que los españoles, a levantar optimismo allí donde brotaba, como agua caudal, un largo y amargo veneno de pesimismo. Escribía por entonces: "sin ideales pueblos e individuos no valen gran cosa. Ni Cyrano habría accedido a las agañazas de la debacle, ni quien se quedó manco en Lepanto habría quedado sin perecer glorioso en Cavite o en Santiago de Cuba".

"Esta triste flacidez, esta postración y esta indiferencia por la suerte de la Patria, marcan una época en que el españolismo tradicional se ha desconocido o se ha arrinconado como armadura vieja". "Creo que el fuerte vasco Unamuno, a raíz de la catástrofe, gritó en un periódico de Madrid, de modo que fue escuchado su grito: Muera Don Quijote. Es un concepto a mi entender injusto. Don Quijote no debe ni puede morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo".

Como el rey de Suecia y Noruega llegase por esos días a España y al arribar a sus costas profríese un grito intencionado que la prensa europea comentó: "¡Viva España!", el poeta americano le contestó en versos vibrantes de hondo españolismo. No los poetas españoles, que estaban callados de vejez o enmudecidos de pesimismo, sino el americano optimista, el español del otro lado del mar que no lograba contagiarse. Y así sa-

ludaba al rey nórdico en nombre de España:

Y pues iras la tormenta vienes, de peregrino
real, a la morada que entristeció el destino,
la morada que viste lulo sus puertas abra
al purpúreo y ardiente vibrar de tu palabra

Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.

Por ese tiempo escribe también otros poemas en que alienta un tenso espíritu de optimismo hispano: Cyrano en España, Letanías a Nuestro Señor Don Quijote, Salutación del Optimista. En este último poema, usando el hexámetro que usara Pombo contra los filibusteros, pero con mayor dominio de la técnica, y mayor aliento poético, vuelve a expresar sus pensamientos y sentimientos sobre la suerte de España y de "sus coros de vástagos altos, robustos y fuertes", de allende el Atlántico.

Rechaza la doctrina de Cota, de Unamuno y de todos los pesimistas y anti-tradicionistas. Afirma su fe en el pasado, de la que debe surgir la confianza firme del futuro, porque sin tradición no hay fuerza vital:

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida

Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
(músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y
(tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en
(polvo
ni entre mornias y piedras, reina que habita el
(sepulcro,
la nación generosa coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la
(Atlántida
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes

No se había escuchado nunca, al través de los siglos, en lengua castellana, ni en lengua moderna alguna, expresados con tanta nobleza cívica, versos como éstos de Salutación del Optimista. Si la guerra entre España y los Estados Unidos, si el abatimiento español, hubiese sido el pago fatal de tan inesperados tesoros, habría que dar gracias a los dioses de que se hubiesen cumplido los funestos augurios. Alrededor de ese poema sagrado tejerán en el futuro sus danzas históricas los pueblos hispanos de allende y aquende el mar. El espíritu del Dios de las Naciones sopló esa vez sobre la lira del más alto cantor de los hispanos.

Con la adquisición de Puerto Rico y Las Filipinas, y luego, con la de Hawai y Guam, los Estados Unidos se habían convertido en potencia mundial y colonial. Con mayor ahínco pusieron sus pensamientos en las vías interoceánicas, especialmente en Panamá, en donde Francia no acertaba a construir un canal. En 1902 el Congreso Americano votó una ley para la construcción del Canal de Panamá. Inmediatamente el Presidente, Teodoro Roosevelt, propuso la compra de la faja de tierra, por diez millones de dólares y un pago anual por el uso. Colombia rechazó la oferta. Roosevelt no hizo contrapropuesta, comenzó a actuar. Hacía tiempo grupos de panameños intentaban la separación de Colombia, pero sin lograrlo. Esta vez se rebelaron con éxito, tomaron la ciudad de Panamá, y las tropas colombianas no pudieron hacer nada en contra de ellos, porque ahí estaban los acorazados de los Estados Unidos. Así nació una nueva república hispanoamericana, la que aceptó de inmediato la oferta de Roosevelt. Fue un gran escándalo internacional. Roosevelt no hizo caso de ello. "I took Panamá", declaró, tranquilo y audazmente, a los diarios de su país y del mundo.

La América Española se estremeció de nuevo. La ola norteamericana avanzaba peligrosamente hacia el Sur. ¿Hasta dónde pararía? Esto se preguntaban los gobiernos y los pueblos. Esto preguntaba con angustia Rubén Darío, él, que cantara recientemente un futuro optimista para los vástagos de España, "altos, robustos y fuertes", viéndolos caer de tan triste modo, en medio de traiciones y frustraciones, y no con el gesto heroico y quijotesco de España:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
 ¿Téntenos millones de hombres hablaremos inglés?
 ¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
 ¿Callaremos ahora para llorar después?

Pronto, llegado desde Europa, recorrería todos los diarios y todas las revistas, desde México hasta Buenos Aires, el poema "A Roosevelt". En él, aquel mismo poeta que en España saludara al rey Oscar en nombre de los españoles, apostrofa al Presidente, robador de Panamá, en nombre de los hispanoamericanos. Darío es ya la voz del continente y de toda la Hispanidad. La voz que reúne a todos los pueblos de la misma habla y del mismo destino histórico:

Es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman que habría que llegar hasta tí, Cazador

clama en versos que aprenderían de memoria varias generaciones, y que todavía resuenan con vigencia en las aulas escolares y en milines políticos, a propósito o despro-

pósito. Porque, por este poema, Rubén Darío, hasta entonces inaccesible a las mayorías, llegó a las multitudes. Le siguieron en el canto poetas mayores y menores de toda América: Rufino Blanco Fombona, venezolano, en Cantos de la Prisión y del Destierro; José Santos Chocano, peruano, con el poema al Canal de Panamá; Luis Andrés Zúñiga, hondureño, con Aguilas Conquistadoras; Martínez Muñis, colombiano, con La Epopeya del Cóndor; Rafael López, mexicano, con La Bestia de Oro.

La reacción hispanoamericana fue tan grande en todos los sectores: intelectuales, gubernativos, capitalistas, obreros, que el Departamento de Estado comenzó a revisar su política, y cuatro años más tarde se reunía en Río de Janeiro la Tercera Conferencia Panamericana. Las delegaciones hispanoamericanas lucían esta vez un buen número de poetas

Rubén Darío, en la de Nicaragua; Román Mayorga Rivas, en la de El Salvador; Juan Ramón Molina, en la de Honduras; Frontaura Xavier, en la del Brasil. Presidía Root, quien causó honda impresión en Rubén Darío. Hubo protestas de buena amistad, con muchos discursos y mucho champán. Frontaura Xavier, poeta bilingüe, escribió, en inglés, una Oda al Aguila. Rubén Darío escribió su "Salutación al Aguila", con un epígrafe del poema de Frontaura Xavier. "May this grand Union have no end".

Usando de nuevo el hexámetro se dirige a los Estados Unidos de modo fraterno, proclamando la unidad de América, augurando "la mágica influencia" del Norte sobre el Sur. El poeta que había señalado a sus pueblos la confianza continental, a la concordia plena:

Bien vengas, mágica águila de alas enormes y fuertes,
 a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
 a traer a tus garras anilladas de rojos brillantes,
 una palma de gloria del color de la inmensa esperanza
 y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz (za,

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las
 (grandes alturas
 Los Andes le conocen y saben que cual tú mira al sol.
 May this grand Union have no end, dice el poeta.
 Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y
 (esfuerzo
 Que la latina América reciba tu mágica influencia

De nuevo los poetas hispanoamericanos olvidan fácilmente el pasado, tan cercano, y se arrojan a la esperanza de una permanente concordia americana, en igualdad y en dignidad todos los países del Continente. Mas hubo protestas. El violento Blanco Fombona escribió a Darío: "He sufrido al recibir el libro del portugués sobre Usted, pues al frente de la obra leo el divino e infame poema de Usted al Aguila, que yo no cono-

cía. ¿Cómo no lo han lapidado a Usted querido Rubén? Le juro que lo merece. ¿Cómo, Usted, nuestra gloria, la más alta voz de la raza hispana de América, clamando por la conquista ?

En realidad no clamaba por la conquista. Deseaba ardientemente lo que siempre Hispanoamérica ha deseado: la vida fraterna, el respeto a los destinos culturales de ambas Américas. El odio ha surgido por las afrentas recibidas. Pero apenas se tiende la mano, se acude rápidamente al gesto amigable y se olvidan rencores. Esta es la constante de nuestras relaciones de pueblo a pueblo con los Estados Unidos.

*

Después de esta Conferencia Panamericana los Estados Unidos no vuelven a emprender ningún acto agresivo con el objeto de obtener territorios. Pero en 1909, por medio de una nota en extremo violenta y conminatoria, obligan al Presidente Zelaya, de Nicaragua, a abandonar el poder. El gesto favorecía a los adversarios del Gobernante. Una revolución, al amparo norteamericano, triunfa, y Adolfo Díaz —un proamericano—, toma la Presidencia. Poco después —en 1912— este mismo Presidente, sintiéndose incapaz de debelar una revolución que ya atacaba la capital de la República, pide el desembarque de marinos “para proteger las propiedades norteamericanas” —que no existían—. Estos desembarcan y tras breves combates, aliados con tropas nicaragüenses gubernativas, restablecen la paz. Este acto no tuvo repercusiones continentales como los otros. Le restaba eco la situación interna de Nicaragua, cuyo propio gobierno patrocinaba la intervención extranjera.

Pero en Nicaragua surgió viva la protesta: poética y política. Antonio Medrano —que más tarde fuera candidato a la Vicepresidencia de la República—, escribió poema tras poema. El mismo, en oda posterior, describiría así su actitud, dirigiéndose a Wilson:

Y en los azules picos de las montañas mías
Reposaron su vuelo tus águilas bravías

Puse entonces en mis cantos el fuego de la ira
Y empuñé como un látigo las cuerdas de la lira

Jardinero de zarzas, cultivador de orugas,
Cubrí las sendas ante las hordas enemigas

Negro estaba el Poniente, volví al Oído la vista,
Y en nombre del Derecho maldije la Conquista

Santiago Argüello, al mismo tiempo que en sus versos apostrofa a las huestes de la intervención, con acrimonia y dolor se dirige a sus compatriotas intervencionistas, y a los indiferentes pueblos de la América Española:

Cuéntame, oh Raza, que la Dea un día
te hizo sentar a orillas del sendero,
que en tus faldas cayó el óbolo artero,
que ante la diosa de la faz sombría
cogió tu cinturón el extranjero.

Me dicen de tus yácigas impuras,
que hay llantos de mujer en tu pestaña,
que llevas femeniles vestiduras,
y has puesto a hilar los Hércules de España.

Yo no debo creerlo No lo creo
La América libérrima que hoy veo
rodilla en tierra, se levantará

Habla, Profeta y dile: “Lo que ha de ser será”,
Tú que miras la ola y sabes donde vá.

Estos poemas los publicó más tarde, como lo veremos, en un libro titulado *El Alma Adolorida de la Patria*.

Mientras esto ocurría en Nicaragua, en los Estados Unidos se efectuaba una campaña electoral que sería de grandes consecuencias para el porvenir del Continente. Un partido, el Demócrata, sostenía la tesis del respeto al derecho de los pueblos débiles. Cada pueblo, libremente debía decidir sus destinos. Un profesor universitario, Woodrow Wilson, emocionaba a las masas norteamericanas con su *New Freedom*, Nueva Libertad, y en Hispanoamérica, el eco de esa campaña tendría grandes resonancias. Wilson triunfaría y aunque ya en la Presidencia, tropas norteamericanas desembarcaron en Veracruz y en la República Dominicana, los poetas nicaragüenses, ya mencionados, no callaron sus líricas alabanzas al Mesías del *New Freedom*, al Profeta de la Nueva Libertad. Santiago Argüello dió a las prensas *El Alma Adolorida de la Patria*, pero en largo prólogo explica el por qué de su acrimonia con la Nación del Norte, por aquellos días pasados, muy distintos de los presentes, en que Wilson toma las proporciones desmesuradas de un Moisés que trae las nuevas tablas de la ley.

Antonio Medrano —poeta y político— escribe larga Oda a Wilson, y lo dá inmediatamente a las prensas. Ya ha estallado la guerra —la primera guerra mundial— y contra el avance germánico, más que Francia, se alza como salvador de la Humanidad Estados Unidos, con su Apóstol a la cabeza. Ya más antes, Rubén Darío ha pasado por Nueva York, atormentado y afligido rumbo al cementerio natal, predicando la paz y la armonía para los americanos todos:

Paz a la inmensa América Paz en nombre de Dios.
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva
que sus principios lleva desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva:
The Star Spangled Banner, con el blanco y azur

Los poemas de Medrano recuerdan el

optimismo y el idealismo sin fronteras ni matices de los primitivos demócratas, de aquellos que lucharon contra el realismo de Bolívar, de los que consultaban a Washington como antaño se consultaba a la Sibila. Todo el cuadro es idéntico al antiguo de hace un siglo: Europa en llamas, Europa, tierra del Mal. América del Norte, ancla de salvación en medio del Diluvio:

Medrano decía:

La hora es definitiva El mundo lo presiente
Ha sonado la hora para la Humanidad
De la bélica hoguera, formidable y rugiente,
como el antiguo Fénix surgirá igniviviente,
ungida por el triunfo la Nueva Libertad

La hora es definitiva La América está atenta
Europa envuelto en llamas es nuevo Sinaí,
Entre las tempestuosas nubes de la tormenta
las Tablas del Derecho Moderno están allí

Wilson, que tu palabra en esta hora del Mundo
sea como la hoz para segar la mies
Laten los corazones con un ritmo profundo
La Democracia quiere sus Tablas de la Ley

Pero en la República Dominicana, prueba más de la diversidad de reacción de Hispanoamérica, no existía el optimismo lírico de Nicaragua. Las tropas de ocupación tenían una conducta reprobable, la ciudadanía se indignaba, manifestaba su descontento, y las cárceles se llenaban de prisioneros. Entre ellos estaba un poeta, compañero de Darío, Fabio Fiallos. Desde su celda carcelaria envía poemas de acentos románticos, mezcla de melancolía y de rencor, en los que el Apóstol Wilson toma caracteres de un astuto Maquiavelo.

Oh, dulce compañera de mis noches
de cárcel y dolor,
blanca luna, la paz recobra, y vence
tu cándida emoción

Que ese soldado de tan vil aspecto,
y ojos de azul feroz,
a pesar de la sangre de sus uñas,
su abuso del licor,

Y sus hazañas de pillaje y ruina,
y estupro y violación,
y de incendios, martirios y hecatombes
por doquiera pasó,

Es, oh pálida luna, el super-hombre
que Wilson destinó,
con paternal cariño, a enseñarnos
su nueva religión

De paz y de concordia entre los hombres
de una y otra nación,
y que el Estado fuerte contra el débil
se erija en protector,

En cambio el débil colmará del fuerte
la muy justa ambición
entregándole al par hacienda y vida,
y además el honor

Mas, a pesar de todo, los acontecimientos mundiales habrían pronto de unificar al Continente. Los Estados Unidos entran en guerra contra Alemania, y toda Hispanoamérica la declara simbólicamente. Sólo guardan su neutralidad Argentina y Chile. ("Apenas brilla alzándose el argentino sol y la estrella chilena se levanta", había cantado el gran poeta). A la guerra van también los países ocupados por los Marinos: Nicaragua y República Dominicana. A la guerra por la libertad de las naciones.

La dual conducta de los Estados Unidos —defensores del Derecho y la Libertad, en Europa, y atropelladores de pueblo débiles en América—, era resentida, aún por aquellos hispanoamericanos que admiraban y amaban al pueblo norteamericano. Salomón de la Selva, poeta nicaragüense que residía por entonces en Washington, y que por entonces ya figuraba entre los mejores nuevos poetas de habla inglesa, escribió, en inglés, "El Corazón de un Soñador conoce su propia amargura", (Un poema panamericano en la entrada de los Estados Unidos a la guerra).

De la Selva canta en él su amor hacia el Norte y el Sur Su madre es la tierra del Sur, su novia, la tierra del Norte.

Pero una secreta amargura le roe el corazón: su amor por la tierra enemiga ha sido motivo de escarnio; le han echado en cara olvidarse de los agravios, ha recibido afrenta por elegir como segunda patria a Norteamérica, y entonces alzándose ante ambas patrias clama por la concordia continental:

Al Sur le dije: Tú eres mi madre,
Tu querer me formó, tus ricos pechos me alimentaron,
A tus hijas llamo hermanas, hermanos a tus hijos.
En mi hora de angustia no llamaré a nadie más
Tú cerrarás mis ojos cuando muera.

Al Norte le dije: Tú eres mi novia,
Rubia te he encontrado, y me has de conocer
Junios nos levantaremos, lado a lado
Un día gozarás de mi amor con orgullo,
Pues los que ensalcen mi nombre a tí te honrarán

Y nuevamente hablé ante el rostro de mi madre:
Esta es tu hija, esta tierra extranjera,
Por su amor enfrenté la deshonra
He destruido los muros de la fe y de la raza,
Tan fuerte era el amor que no resistió ninguno.

Por esta tierra, por su elección, he sufrido vergüenza,
Por esta tierra con todas mis fuerzas he aplaudido
Dulce, muy dulce es su nombre a mis oídos
Por su causa moriría la muerte del soldado

¡Sin mentira para tí, madre, sin mentir, madre!
No está en mi sangre ser falso
Tú has sido para mí la amada sobre todo,
Pero yo amo esta tierra, y mis banderas son dos"

Mas luego recuerda las afrentas de Nicaragua y Santo Domingo, la contradicción política destructora de toda fe y confianza, y dice al Norte:

La guerra ya no es un mendigo a tu puerta,
Has cruzado el mar contra el terrible extranjero
Has retado a la noche del malhechor de Bélgica
Temerario te enfrentas como el vengador alado

Dejarás que se diga esto de tí?
Que revestido de mal sostienes el derecho?
Que a la América Hispana infiel has sido?
Que has gritado justicia con la lengua culpable?

Oye a quien llora por esa abierta llaga
Convierte en bien este mal que en mí llevo
Como una punta de lanza en el pecho,
Para que sin culpa y con derecho tu fuerza sea
el manifiesto poder de Dios sobre la tierra

Y este gran poeta nicaragüense, no bien termina de cantar su dolorido amor por Norteamérica, toma el rifle, combate en el lodo y la espesa niebla de las trincheras de Flandes, y tras la paz victoriosa, nos trae en su mochila de guerrero su primer libro de poemas en castellano: El Soldado Desconocido.

Había demostrado que no solo en el verso sino también en la vida, sus banderas eran dos, y que por Norteamérica y Nicaragua, hermanadas en su corazón, se había expuesto a morir la muerte del soldado

*

Alemania fue vencida, pero el más importante creador de la victoria, Wilson, fue a la vez vencido por su propio pueblo. El había ideado y creado la Sociedad de las Naciones, para resolver pacíficamente los conflictos mundiales, pero los norteamericanos tenían la ingerencia en la política del mundo, y los republicanos aprovecharon las circunstancias y tomaron el poder por abrumadora mayoría. Nadie prestó atención al gran presidente que ya cercano a morir decía: "Tuvimos oportunidad de convertirnos en líderes del mundo. La perdimos, y pronto veremos las consecuencias trágicas de ello".

Los Estados Unidos se reconcentraron sobre ellos mismos y sobre el continente, y reapareció la política intervencionista, tan bien apreciada por los republicanos. Pronto tendrían ocasión de practicarla. Aquel Presidente nicaragüense, Adolfo Díaz, que en 1912 pidiera el desembarco de marinos para que lo librasen de ser vencido por una revolución, repite su pedimento ante una situación similar. Cinco mil marinos desembar-

can, amenazan a los revolucionarios, y éstos se rinden. Pero no lo hace el guerrillero Augusto César Sandino, quien durante cinco años mantiene lucha en las montañas, y se convierte en un verdadero mito. Desde entonces, hasta que Nicaragua es desocupada, y aun más tarde, desde México hasta Chile, surge una apasionada y densa literatura antinorteamericana, de los más variados matices y temas.

He aquí algunos poemas llegados a nuestras manos: U.S.M.C por Pablo Antonio Cuadra; Epifanía, por Julio Ycaza Tijerino; A Lindberg, por Alí Vanegas; Ruido de Cadenas, por Aura Rostand; A Nicaragua, por Rafael Arévalo Martínez; San Jacinto, Canción del Alma Antigua, Están en pie los árboles, La Esposa del Capitán, por Luis Alberto Cabrales; Ante los Bárbaros, por Gilberto González y Contreras; Piedras de Sacrificio, por Carlos Pellicer; La Danza de los Millones, Canto a Cuba Republicana, por Agustín Acosta; Tierra de Jaguares, por Alfredo Arévalo Lavvira; A la Bandera Americana, por Azarías H. Pallais; Miguel Angel Ortez, por Manolo Cuadra; Símbolo Roto, por Rafael Guerra; Al guerrero de los ojos azules, por Gustavo Alemán Bolaños; Sandino, por Guillermo Bustillo Reina; La Islita y los yanquis, por Emma Pérez; A Roosevelt, por Graciany Miranda Archilla; El llamado, por Amparo Casamalhuapa; Islas y Puertos del Caribe, Veinte Minutos en la Martinica, Yo también canto América, Barco a la vista, Casi Son, New York, Goajiras Burlescas a los banqueros de Wall Street, por Rafael Alberti; Visita a un Solar, Catalino en un Bar, Dale con la mochila, dale, por Nicolás Guillén; Los Abogados del Dólar, La Anaconda Copper Mining Co, La Standard Oil, La United Fruit Company, por Pablo Neruda.

Una nueva modalidad aparece en estos poemas: No son ya los versos más o menos románticos y sonoros sobre el honor patrio, sobre la raza latina, contra los llamados bárbaros rubios. Son poemas sociales, poemas contra la explotación económica, contra las grandes compañías extranjeras y sus aliados nativos. Son poemas en que ha desaparecido la violencia oratoria y aparece la burla y otros sentimientos más matizados y menos brutales. Quien inició esta modalidad es el poeta nicaragüense Salomón de la Selva con su poema "A Song for Wall Street", escrito en inglés, y publicado en el libro Tropical Town and Other Poems.

Rafael Alberti utiliza los sonos cubanos, lo mismo que Nicolás Guillén. Tratan de llegar al pueblo, a las masas, por medio de los ritmos creados por este mismo pueblo. Es innecesario decir que tanto Guillén como Alberti y Neruda, son militantes del Partido Comunista.

Casi Son, de Alberti, es modelo en la nueva poesía. Utiliza el ritmo afro-cubano,

el racismo, la hegemonía del norteamericano en la explotación del azúcar:

Negro, da la mano al blanco
Blanco, da la mano al negro
Mano a mano,
Que Cuba no es del cubano,
Que es del norteamericano.

Ves, ves, ves?
El negro va a cuatro pies,
El negro baila la rumba,
Y aunque se vuelva turumba
Del derecho o del revés,
Ves?
El negro va a cuatro pies.

Mano a mano,
Que Cuba no es del cubano

Digo, dice, dice, digo,
Digo que el cañaveral
Sabe muy bien que el central
muele con viento enemigo.

Te lo dice un negro amigo:

Blanco, tú no ves
Que el blanco va a cuatro pies?
Tú, tan listo y no lo ves?

Los yankis vienen volando,
Urracas azucareras,
Urracas que urraqueando
Hasta nos están llevando
El aire de las palmeras

Negro, da la mano al blanco,
Dala ya,
Dásela ya

Blanco, da la mano al negro,
Dala ya,
Dásela ya

Y al yanki que viene y va,
Negro, dale ya,
Blanco, dale ya,
Negro y blanco, dale ya

Mano a mano
Contra el norteamericano

Neruda, se especializa en el ataque a los grandes consorcios del cobre, del petróleo y del banano. Su poesía está al servicio del movimiento político internacional, y sus raíces no son patrióticas.

Está muy lejos de los sentimientos españoles y tradicionalistas del gran Rubén Darío. Y no sólo sus invectivas son contra los capitalistas del exterior, sino también contra sus defensores, especialmente los abogados hispanoamericanos de las grandes compañías. Sus fieros versos contra éstos pasarán como ejemplares en su género, al par

de los mejores y antológicos de la literatura castellana:

Es adoptado Le ponen
Librea Viste de gringo,
Escupe como gringo, baila
Como gringo y sube.

Tiene automóvil, whisky, prensa,
Lo eligen juez y diputado,
Lo condecoran, es Ministro,
Y es escuchado en el Gobierno
El sabe quién es sobornable.
El sabe quién es sobornado
El lame, unta, condecora,
Halaga, sonrío, amenaza
Así vacían por los puertos,
A las repúblicas desangradas
Dónde había, preguntaréis,
Este virus, este abogado,
Este fermento del detritus,
Este duro piojo sanguíneo,
Engordado con nuestra sangre?

Nicolás Guillén escribe poemas de intencionado sabor folklórico y social enfrentando la miseria del peón cubano a la riqueza del patrón extranjero, del yanki, que llegó a sustituir al amo español:

El sol te quema, te quema,
La carrefa está vacía,
Ya toses con sangre y flema,
Ya toses con sangre y flema,
Treinta centavos al día!

Dale con la mocha, dale!
Dale con la mocha, dale!

Cuando muelan esa caña
Te van a moler con ella,
Estás como en tiempo España,
Estás como en tiempo España,
Y el yanki es quien te atropella

¡Dale con la mocha, dale!
Dale con la mocha, dale!

Nada desaprovecha el gran poeta comunista, ni siquiera la invasión, por demás provechosa, del turista. Ha creado la figura popular de Cantaliso, el cantor que divierte a los extranjeros con sus canciones lentas y tropicales, pero que se rebela, y al son de su guitarra lanza sus íntimos sentimientos agresivos:

No me paguen porque cante
Lo que no les cantaré,
Ahora tendrán que escucharme
Todo lo que antes callé

Quién los llamó?
Gasten su plata,
Beban su alcohol,
Cómprase un güiro,

Pero a mí no,
Pero a mí no.

Mas no solo los comunistas atacan el imperialismo: nacionalistas integrales, de extrema derecha, también lo hacen: Luis Alberto Cabrales, aprovecha una incidencia de la ocupación de Nicaragua para herir, en un poema, pequeño y fino como un puñal, los prejuicios raciales de la sociedad estadounidense. Como en los romances fronterizos —salpicados de vocablos y aun frases árabes— lleva vocablos y frases inglesas, y si bien respira odio contra el invasor, deja claramente expresa la atracción del elemento femenino de la Ocupación:

Linda era y apetitosa,
Y esposa del capitán de marinos
Frutas y mieses de la Nueva Inglaterra
Arrojaba al ímpetu de los mancebos nativos.

Apples, boys? Y ofrendaba sus dos senos maduros
Wheat, boys? La cosecha de bucles y el más íntimo
(trigo

En los ingenios de los alrededores,
Sobre el bagazo tibio —olorosa basura—
Mestizos y mulatos violaban
Su vientre, pálido así como la luna.

Tumbada sobre la hierba,
Sucia de nuestro barro y fatigada de besos,
One, two, three, cuántos claros luceros!
Y canturreaba lánguida "Stars Spangled Banner!

So long, frutas de la Nueva Inglaterra:
Un transporte cargó con la carga de trigo.

Al Asia, al Asia va el feliz capitán
Rien, rien con blancos dientes los filipinos

Este mismo poeta, en su Canto a los Proletarios del Imperio, hace blanco de sus inclinaciones a las compañías bananeras, madereras, y a las del petróleo y del salitre.

Alfonso Coriés, gran poeta católico, también nicaragüense, en su poema Raza, traza una magnífica estampa de los soldados extranjeros, y del impacto que su presencia causa en nuestros campesinos.

El hombre de los campos que a las ciudades baja
egológico y tranquilo, el hombre que trabaja
en la tarda carreta que en las piedras tropieza,
viendo a los rubios bárbaros se llena de fristeza.

Son altos, de mirada altiva y pies brutales,
hablan en lengua extraña mientras cruzan potentes
por nuestros arruinados parques municipales,
y al asombro que causan quedan indiferentes,
al deber dan más amplio sentido que nosotros,
a veces hacen rudos ejercicios de potros,
mientras mancha la paz de nuestras tardes blandas
un trapo constelado de estrellas y de bandas

Y el hombre laborioso de nuestros verdes campos,
el que cruzó las verdes marismas de los suampos,
comiendo carne cruda y raíces y frutas
para llenar de oprobio nuestras sangrientas rutas,
el que ha puesto su caite en todos los azares
arrastrado por nuestras locuras militares,
viendo a los rubios bárbaros, lleno de odio y de
(miedo,
se pregunta con ansia mas responde: ¡no puedo!

*

Pero al mismo tiempo que esta literatura nace y prolifera en los países de Suramérica, crece en Norteamérica un movimiento favorable a la fraternidad continental. Voces norteamericanas critican las doctrinas políticas y los ideales americanos, y los confrontan con las realidades, tan distintas de aquellos.

Por ello se habla del Sueño Americano (American Dream) y de la Realidad que los de Suramérica conocen como nadie, pues los han experimentado, ambos, en la propia carne. El pueblo entero de las dos Américas está atento, y más atento aún cuando desde Europa amenazan la solidaridad americana, el fascismo y el comunismo.

A su debido tiempo, como siempre, Estados Unidos, se da un gran líder. Tiene el idealismo y la visión universal de Wilson. Y también la indomable voluntad y el realismo del gran Teddy, su pariente. Es Franklin Delano Roosevelt.

El pueblo norteamericano lo elige Presidente con grandes esperanzas en su New Deal (Nuevo Trato), más sustancial que la New Freedom, de Wilson. Y desde el poder, y en más de tres administraciones sucesivas, lleva a los Estados Unidos al más grande poderío que pueblo alguno haya conocido en la Historia. Al mismo tiempo —al fin demócrata, no republicano— ofrece a Hispanoamérica la Política de Buena Vecindad. En Conferencias Panamericanas se acepta, como compromiso internacional, la doctrina de la no intervención en la política interna de los Estados; se prohíbe la agresión de Estado a Estado, incluso la agresión económica. Cuba recibe su completa independencia, al desaparecer el derecho de protectorado que concedía a los Estados Unidos la Enmienda Platt. Filipinas recibe el ofrecimiento (después cumplido) de otorgarle la plena soberanía. Puerto Rico es convertido en un Estado libre y asociado.

Así, cuando estalla la Guerra Mundial y Estados Unidos entra en ella, toda América, sin excepción, la declara. Y esta vez son millares y millares de hispanoamericanos los que, voluntariamente, se enrolan en el ejército norteamericano para pelear en todos los continentes.

Mas no sin que todavía persistan, por aquí y por allá, sobre todo en Nicaragua, la muy sufrida, poetas que mantengan encen-

dida la llama que prendiera en 1855 Rafael Pombo, y en 1905 Rubén Darío, con su Canto a Roosevelt.

Así, Joaquín Pasos, lanza unas últimas flechas en su Canto de guerra de las cosas. No cree el poeta, y con él muchos otros, que el ciudadano del Norte sirva para la guerra. Lo juzgan enervado por el confort, por la buena vida, incapaz de enfrentarse a las espartanas juventudes de Alemania y de Italia. Y en medio del poema trágico y doloroso que es ese Canto de guerra de las cosas, surge la burla:

Dicen que vais a la guerra.

¡Qué vais a ir!

Dicen que partís al alba

¡Que vais a partir!

Dicen que sois fuertes, dicen que sois altos,

dicen que vais a luchar

Dicen que anhelaís la lucha,

¡Qué vá!

Dicen que daréis la sangre

además

de viejos tubos de dentífrico y de jabón de afeitar

Dicen que vais a acabar

con el hambre de los pueblos,

pero después de cenar

Dicen que pondréis las cosas

en su lugar,

pero hay mucho lugar sin cosas y muchas cosas sin

Os esperan esas cosas (lugar

enfurecidas, allá,

y vais a partir? ¡Qué va!

Allá solo el bronce tiembla

y lo hace para cantar

Y vosotros, ya tembláis!

Tembláis de miedo a morir,

y dicen que vais a la guerra

¡Qué vais a ir!

Pero esto, a esa altura del tiempo, es una excepción:

Roosevelt toma caracteres de caudillo internacional, y no tardan los poetas en cantarlo. Roberto Brenes Mesén, gran escritor y gran poeta costarricense, parece haber concentrado en su poema a Roosevelt el sentimiento de veneración que despertó en grandes sectores de los pueblos centro y sud americanos:

En las cavernas de las rocas del Tiempo resonará este nombre: Roosevelt, como una invocación a los valles y montañas, como un conjuro a las olas de los abiertos mares, a fin de que jamás se olvide, ni en mar ni en tierra, sobre el haz del mundo, que si hay hombres y naciones libres, a este Titán de voluntad lo deben.

Tórnese de roca inmovible el Tiempo para guardar su nombre,

a fin de que resuene al través de las edades, allí donde nazca a la libertad un nombre.

Y el gran poeta ecuatoriano, Jorge Carrera Andrade, lanza un exultante canto de fe y esperanza, en el que exalta el coraje heroico y destructor de los aguiluchos yankis, cuando sus escuadras poderosas caen sobre las ciudades y los campos de la orgullosa Alemania:

¡Ya van las Fortalezas por los cielos de Europa!
Ya avanzan pastoreando sus sombras por la tierra,
El día mudo y pálido
corre en vano a ocultar torres y chimeneas:

¡Nada les salvará del relámpago súbito,
la visita mortal, la llama justiciera!
La Cólera de Dios
guía a la Armada aérea

¡Inclina, Nuremberg, las caperuzas
de tus viejos tejados medioevales!
¡Ahógate Munich en cerveza de olvido!
Viena, Frankfurt, Stuttgart: la muerte anda en las
¡De nada sirve, Eiffel, tu mineral de hierro (calles
contra los nuevos ángeles!
Hamburgo, como siempre, tu camino es el puerto:
¡busca tu salvación en los barcos que salen!

¡Ocúltate Berlín! Tu alarido de espanto
se oye en toda la tierra
No hay sombra protectora para tí, no hay abrigo,
no hay escape posible a tu condena

Ya cruzan las solemnes Fortalezas Volantes
atropellando nubes y silencios
Cien pueblos las escoltan en su viaje
Las bendice en secreto
el corazón profundo de la tierra
Llevan en sus motores domesticado el viento,
la libertad girando en las diáfanas hélices
y en conserva, en sus botes metálicos, el trueno

Llevan la enorme voz del nuevo mundo,
voz de la buena estrella, sus potentes gargantas.
Llevan palomas, himnos de las naciones libres.
El llanto de las madres luce en su piel metálica,
llanto de gratitud del universo
a las naves de Dios
construidas en América por las manos humanas
y piloteadas luego por los héroes
sembradores del alba.

Así el entendimiento entre las dos Américas parece asentarse de modo definitivo, de pueblo a pueblo, a medida que trascurre el tiempo y los políticos del Norte mantienen en la realidad lo que proclaman en sus doctrinas. Los poetas, auténticas voces salidas de las profundidades populares, siguen fieles, y el silencio de ellos es el signo del sosiego de estas naciones.

Solamente los poetas al servicio del Comunismo Internacional prosiguen un eterno canto sin eco contra Wall Street, y otros po-

deres ya para siempre desaparecidos, domeñados por el propio pueblo norteamericano, víctima a su vez de ellos como el hispanoamericano.

En 1956, cuando el centenario de la Guerra Centroamericana contra los Filibusteros de Walker, al conmemorar los hechos pasados, hubo ya poeta que cantara a esos mismos Filibusteros con canto muy distinto al de Pombo y de Iribaren. Ya no son medidos todos con la misma medida acerba de la pasión guerrera, ya no son todos "las heces pútridas del libre Septentrión". La voz poética se hace verdaderamente histórica, humana; las perspectivas, de tan lejanas, se acercan, y el canto adquiere una tonalidad nostálgica, llena de una honda y humilde comprensión. Ernesto Cardenal, poeta nicaragüense, traductor de poetas norteamericanos y que actualmente vive enclaustrado en un convento norteamericano de cistercienses en Kentucky, escribe su poema: Un norteamericano se pregunta por Nicaragua:

En una cabaña solitaria en la frontera,
yo, Clinton Rollins, sin pretensión literaria,
me entretengo en escribir mis memorias
Y mis pensamientos de viejo retroceden:
Las cosas que hace cincuenta años sucedieron
Hispanoamericanos que he conocido
a los que he aprendido a querer
Y aquel color fibio, dulzón, verde, de Centoamérica

Mis compañeros en aquella expedición con William
(Walker,
Aguiles Kewen, el aristócrata que cayó peleando en
Chris Lily, el boxeador, (Rivas
degollado borracho una noche junto a una brillante
(laguna,
William Stocker, Bill, con su cara de pirata, y buen
(muchacho,
que se casó allá después y vivía junto al lago de
(Managua

De Brissot, Dolan, Bob Gray
el bandido, el desilusionado, el vago, el buscador de
(tesoros
Los que quedaron colgados de los árboles y me-
(ciéndose
bajo los hediondos cóndores negros y la luna,
o tendidos en los llanos con un coyote solo y la luna
el rifle junto a ellos,
o en las calientes calles empedradas llenas de gritos,
o blancos como conchas en la costa
donde las mareas los están siempre cubriendo y
(descubriendo.
Los que sufrieron todos esos peligros y aún viven
(todavía
Los que se quedaron para casarse después y vivir
en esa tierra. (en paz,
y estarán sentados esta tarde recordando,
pensando escribir tal vez un día sus memorias,
y su esposa que es de esa tierra, y los nietos juntos

*

Después de abarcar este amplio panora-

ma literario de más de un siglo, siguiendo los meandros históricos de los dos pueblos que el destino quiso habitaran las grandes extensiones americanas, no habrá ya quien tenga razón para sostener que la poesía hispanoamericana está desvinculada de sus tierras y de sus pueblos. Quizá no exista literatura alguna que hunda sus raíces más hondamente en la historia y en los sentimientos populares, que la hispanoamericana. Así como la naturaleza y la influencia telúrica sumergen a los novelistas en su corriente poderosa, así la historia se apodera de los poetas y los arrastra consigo, a los grandes y a los pequeños. No se puede hablar ya de torres de marfil, porque nadie en Hispanoamérica, ningún poeta de consideración, dejó de tener por lo menos un momento en que su voz no se juntara al coral solemne de las multitudes. El coro cívico nace desde los primitivos días del Descubrimiento, sigue en los tristes días de la anarquía y se alza poderoso en los tiempos de la reorganización y de las nuevas luchas por conservar la independencia, en peligro apenas conquistada.

¿Qué avatares nos esperan? ¿Volveremos a preguntar al Destino con la interrogación de los cuellos de los cisnes, como lo hiciera Rubén Darío? Debemos afirmar que la política de los Estados Unidos parece sólidamente basada en sus variadas experiencias. Pero que, por desgracia, no parece ocurrir lo mismo de parte de Hispanoamérica. Ya están apareciendo, por una y otra parte, grupos idealistas muy peligrosos, que invocando principios de perfección democrática desean la intervención norteamericana para derrocar dictaduras e instaurar gobiernos populares.

Hispanoamérica no parece haber madurado políticamente. Su inestabilidad es evidente y oscila de la dictadura a la anarquía, aunque no con la intensidad del siglo pasado. Como en los días en que se dio las espaldas a Bolívar y a los otros grandes liberadores, parece que los ideólogos y los demagogos, aman, más que a sus patrias, las ideales creaciones de sus cerebros.

El peligro, pues, parece surgir de nosotros. Mas hay una firme esperanza: los dirigentes de Norteamérica han comprendido, al fin, que su régimen político no es un arificio de exportación, y que se puede hacer daño a los pueblos del mundo, en particular a los de la América Española, pretendiendo imponerles modos de vida políticos y sociales que no corresponden a sus propias naturalezas, o no corresponden a su estado de evolución.

NOTAS:

- (1)—Estados Unidos y Europa, por Jorge Roa. Pág. 169.
- (2)—Cartas del Libertador Colección Lecuna Vol. II Pág. 355
- (3)—Idem. Vol. IV Pág. 60.
- (4)—Idem. Vol. V Pág. 226.